

dres, que por soberbia se perdieron; y por esto como sabio arquitecto fortificó esta parte tan flaca de nuestra ánima, que estaba mas á peligro, con tantos ejemplos de humildad.

De la obediencia.

Pues de la obediencia de Cristo ¿qué dirémos, sino lo que dijo el Apóstol (p), que siendo este Señor verdadero Dios, igual al Padre (y esto no por rapiña, sino por naturaleza), se abajó á tomar forma de siervo, y se humilló hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: que era el mas deshonrado linaje de muerte que en aquel tiempo habia? De modo que aquel Señor, que como el mismo Apóstol dice (q), es resplandor de la gloria del Padre, y figura de su substancia, y el que sustenta toda las cosas criadas con la virtud de su palabra, y el que solo puede perdonar pecados, y el que está asentado á la diestra de la Majestad en las alturas, rodeado de ángeles; este tiene por casa, y cama, y trono real en la tierra, una Cruz en medio de dos ladrones. ¡Oh admirable obediencia! Oh profunda humildad! Oh espantosa caridad! Oh inestimable amor de nuestra salud, que por tales medios fué procurada!

De la paciencia.

De la paciencia ¿qué podemos decir, pues nos consta que esta sagrada Pasion fué toda obra de paciencia? Porque aunque entrevinieron en ella todas las otras virtudes, y todas en summo grado de perfeccion, mas el padecer fué obra de paciencia, aunque imperada por la caridad y obediencia del Padre eterno, que le mandó abrazar esta Pasion por nuestro remedio. Y por esto se dice con razon que esta virtud fué la vestidura de bodas con que vino vestido el Hijo de Dios cuando se desposó con la Iglesia en el tálamo de la Cruz. A la imitacion desta virtud nos exhorta Sant Pedro Apóstol, diciendo (r): Cristo padesció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigais sus pisadas; el cual (no habiendo cometido pecado, ni halládose engaño en su boca) cuando le maldecian no maldecia, y cuando padescia no amenazaba, antes se entregaba al que injustamente le condenaba.

En lo cual es cosa digna de consideracion ver el comedimiento (si así se puede llamar) de nuestro clementísimo Maestro y Redemptor. Porque así como los santos varones no se atreven á aconsejar á otros las buenas obras que ellos no hacen: así este Señor, con saber que á él como á Señor se debía reverencia, y á nosotros como á siervos pertenecia la obediencia, con todo eso no quiso mandarnos cosa que él primero no la hiciese. Mandónos lavar los piés unos á otros; y lavó él primero los de sus discípulos (s). Mandónos que en su Iglesia tomásemos ántes lugar de menores que de mayores, de siervos, y no de señores (t); y él dice de sí que conversaba entre sus discípulos, no como quien está asentado á la mesa, sino como quien ministra en ella. Finalmente, mandónos ser tan fieles á Dios, que cuando fuese menester padeciésemos tormentos y muertes por él (v); y eso quiso él hacer por nosotros. De modo que no nos quiso obligar á padecer por él, sin que padeciese él primero por nosotros. Mas es grande la diferencia que hay de parte á parte. Porque en lo uno padescen la criatura por su Criador, y el siervo por su Señor, es-

(p) Philipp. 2. (q) Hebr. 1. (r) 1. Petr. 2. (s) Joan. 13. (t) Luc. 14. Idem 22. (v) Matth. 10.

perando dél su galardón; mas en lo otro padescen el Señor por su siervo, sin esperar algo dél. Con esta consideracion se esforzaba la virgen Sancta Margarita á los tormentos de su martirio, diciendo: Pues mi Señor padesció por mí, yo tambien tengo de padecer por él. Y este mismo era el esfuerzo y consuelo de todos los mártires, y lo es de todos cuantos algo padescen por su amor: viendo cuán justa cosa es que la criatura padezca por su Criador, de quien tanta necesidad tiene, pues el Criador padesció por su criatura, sin tener della necesidad.

Estas cuatro virtudes (de que hasta aquí habemos tratado, que son caridad, humildad, paciencia y obediencia) dice Sant Bernardo (x) que son cuatro piedras preciosas con que Cristo adornó los cuatro cabos de la Cruz. Entre las cuales la caridad está en lo alto, y la obediencia á la mano derecha, y la paciencia á la izquierda, y la humildad, como raiz y fundamento de las virtudes, está en lo bajo.

§. III.

De la mansedumbre y otras virtudes.

Hermana de la paciencia y de la humildad es la mansedumbre, y sin ellas no se halla: porque de la paciencia toma el sufrir, y de la humildad el humilde y blandamente sufrir. Cuánto haya resplandescido esta virtud en la Pasion de Cristo, el profeta Esaías lo vió en espíritu, y lo profetizó diciendo (y): Así como oveja que llevan al matadero, fué llevado; y como el cordero delante del que lo tresquila, enmudeció y no abrió su boca. Lo cual se vió en todas las acusaciones y falsos testimonios que contra el Salvador se dijeron, á los cuales ninguna cosa respondió. Por donde el juez espantado grandemente deste tan nuevo silencio entre tantas acusaciones, le dijo (z): ¿A mí no hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y para soltarte? Entónces el manso Cordero abrió su boca para sacar al juez de aquel engaño, diciendo: No tendrías tú poder sobre mí si no te fuese dado de lo alto.

Del amar á los enemigos.

A esta virtud con sus hermanas pertenesce el amar á los enemigos, y hacer oracion por ellos: de que tenemos no menor ejemplo en esta sagrada Pasion. Del cual maravillado Sant Bernardo, dice así (a): Mirad las maravillas de Dios, y los prodigios que ha obrado sobre la tierra. Herido Cristo con azotes, coronado con espinas, traspasado con clavos, colgado de un madero y lleno de oprobrios; olvidado de todos estos dolores dice: Padre, perdona á estos; porque no saben lo que hacen. Pues ¿de qué corazon, de qué entrañas tan tiernas salió esta voz de tanta suavidad?

De la pobreza.

Ni á los amadores y seguidores de la pobreza evangélica faltan ejemplos en la vida de Cristo, y en su sagrada Pasion; pues al tiempo del nacer no tuvo otra cosa sino un establo, y al tiempo del morir no otra cama sino la Cruz, ni otra almohada sino la corona de espinas, ni otra ropa sino desnudez, ni otra mesa sino hiel y vinagre, ni otra sepultura sino la que Josef le dió de limosna; y finalmente acabó con tanta pobreza, que no hubo un jarro de agua para quien la pedia muriendo. ¿Puede

(x) Serm. 1. de Resurrect. Domin. (y) Esai. 53. (z) Joan. 19. (a) Serm. de Pass. Dom. Feria 4. Hebdom. pœnosa.

ser pobreza mayor? Pues ¿cuán gran motivo tienen aquí los pobres para consolarse en los trabajos de su pobreza?

De la aspereza de la vida.

Con la pobreza evangélica se junta la aspereza de la vida, que anda en su compañía, de cuyos ejemplos no ménos está llena la vida y muerte deste Señor; pues en su persona dijo el Profeta (b): Pobre soy yo, y ejercitado en trabajos desde mi juventud. Y el profeta Esaías por esta causa lo llama varon de dolores, y que sabe de penas (c); porque vió en espíritu los trabajos que este mansísimo Cordero habia de padecer. Estos nos predicaban su destierro, sus caminos, sus cansancios, sus ayunos, sus oraciones, sus viglias, su hambre y su sed, su frio y calor, con todos los otros trabajos que en su vida, y mucho mas en su muerte padesció. Y por esta causa la Esposa en los Cantares llama al Esposo manojico de mirra (d): la cual aunque es suavísima cuanto al olor, es amarguísima cuanto al sabor. Pues desta mirra fué llena la sagrada Pasion y vida del Salvador. Y dado caso que él en cuanto Dios no padesció, ni podia padecer; mas padesció en cuanto hombre por razon de la sagrada humanidad que estaba con él unida en una misma persona (la cual el amaba con inestimable amor); de la cual una sola hora de vida valia mas que todas las vidas de hombres y ángeles; porque era vida de Dios hombre. Pues esta sagrada humanidad, esta cordera inocentísima entregó el Padre eterno á aquellos lobos infernales para que la maltratasen y despedazasen por nuestro remedio. Por cuyo ejemplo la misma esposa abrazó tan perfectamente todo género de trabajos, que dice de sí misma (e) que sus manos distilaban una mirra perfecta, y que sus dedos estaban llenos de mirra finísima. Pues esta mirra son los trabajos y asperezas que los amadores de la perfeccion suelen abrazar por amor de Cristo: como son cilicios, disciplinas, viglias, ayunos, vestiduras ásperas y duras camas. Por donde todas las veces que la carne se queja desto, y la naturaleza padescen, el mas fácil y cotiádino remedio es levantar los ojos á Cristo crucificado, y mirar lo que él padescen, no por sí, sino por nosotros; y con esto no podrá dejar el hombre de consolarse y esforzarse en sus trabajos.

Aquí tienen tambien consuelo todos los atribulados con diversas enfermedades y muertes de sus queridos, y de otros trabajos de mil maneras que nunca faltan en esta vida (que toda es un mar tempestuoso lleno de tormentas y mudanzas), en las cuales no tenemos otro remedio mas á la mano, que poner los ojos en Cristo crucificado; el cual siendo fuente de sanctidad y innocencia, padesció tales penas por las culpas ajenas: por donde no es mucho que padezca el hombre culpado algo por las suyas propias.

Aquí tambien se halla certísimo remedio para todas las tentaciones y sugestiones del enemigo; para lo cual dice Sant Augustin (f) que no hay mayor socorro que esconderse en las llagas de Cristo: esto es, que en apuntando la tentacion, levante luego el hombre los ojos á mirar á Cristo crucificado, considerando aquella figura tan lastimera que tenia en la Cruz con el cuerpo ensangrentado; acordándose que aquel Señor es Dios, y que todo aquello padescen por satisfacer por nuestros pecados; y tiemble de hacer cosa cuyo remedio tan caro costó al Hijo

(b) Ps. 87. (c) Esai. 53 (d) Cant. 1. (e) Cant. 3. (f) In Man. cap. 22. tom. 9.

de Dios, y que el mismo Dios tanto aborresce; pues entregó á la muerte su unigénito Hijo por destruir y matar al pecado. Y considere cómo castigará el Padre eterno al siervo malo cargado de pecados propios, pues tal satisfaccion tomó del Hijo inocente por los ajenos.

CAPITULO XV.

Cómo en la sagrada Pasion se nos da copiosa materia de meditacion.

No se acaban aquí los frutos del árbol de la sancta Cruz: otros hay no ménos saludables que los pasados, que se siguen dellos. Para cuyo entendimiento es de saber que una de las cosas en que mas se desvelaron los filósofos antiguos, fué inquirir en qué cosas consistia el último fin y bienaventuranza del hombre: que es el mas rico, mas alto y mas dichoso estado, y de mayor descanso adonde él puede llegar. Y despues de muchas opiniones y errores que en esta materia hubo, finalmente los mas sabios entre ellos vinieron á decir que esta bienaventuranza consistia en el ejercicio de la mas alta potencia del hombre, que es el entendimiento, empleándolo en la mas alta cosa que hay en el mundo, que es Dios. Y así ponian esta felicidad en la contemplacion de Dios y de sus grandezas. Y porque no podian conocer á Dios en sí mismo, procuraban conocerle por sus obras, que espor las grandezas y maravillas que veian en este mundo (de que al principio deste libro tratamos); y por poder mejor entender la órden y artificio de las cosas criadas, y levantarse por ellas al conocimiento del Hacedor, empleaban toda la vida en los estudios de la filosofía; porque estas ciencias les daban mayor conocimiento de las cosas, y por ellas de la causa de donde proceden, que es Dios. Y con este tan largo trabajo y estudio á bien librar alcanzaron (no todos sino algunos) una grande admiracion de la sabiduría y omnipotencia de Dios, que tales cosas supo y pudo hacer; y un natural amor dél, que no basta para alcanzar la verdadera bienaventuranza sobrenatural que esperamos.

Viendo pues aquel soberano Señor cuán prolijo y dificultoso camino era proceder por la fábrica y órden deste mundo al conocimiento de las perfecciones y grandezas del Hacedor, determinó abreviarlo y aclararlo, enviándonos su unigénito Hijo (que es imágen perfectísima del Padre), vestido de nuestra humanidad; para que así lo pudiesen ver nuestros ojos de carne, y conocer por él las grandezas y perfecciones de su eterno Padre, que en él y en todos los pasos de su vida sanctísima y muerte resplandecen tanto mas perfectamente que en las criaturas, cuanto es él mas excelente que ellas. Por lo cual dijo el Apóstol (a) que no solo es Cristo nuestra sanctificacion y redempcion, sino tambien nuestra sabiduría; porque por él mas que por todas las cosas criadas subimos al conocimiento del Criador, y señaladamente por su sagrada Pasion, que fué la mas alta de todas sus obras.

Pues para alcanzar esta ciencia no hay necesidad de estudiar filosofía, ni astrología, ni aun de saber leer; porque muchos religiosos legos vemos en las religiones muy reformadas, y muchas mujercicas y doncellas ignorantes, que con solo el conocimiento que alcanzan deste misterio por lo que oyen en los sermones, ó por los pasos de la sagrada Pasion que ven pintados en los retablos (que son como libros de los ignorantes), ocupándose en la consideracion deste misterio, vienen á alcanzar tan grande conocimiento de la bondad, y caridad, y miseri-

(a) 1. Cor. 1.

cordia, y providencia de nuestro Señor, y de las otras perfecciones suyas, y de la malicia del pecado, y de la hermosura y excelencia de la virtud, cuanto nunca filósofos pudieron alcanzar con el trabajo y estudio de toda la vida. En lo cual vemos el cumplimiento de aquella profecía de Esaías (b), el cual dice que en la venida del Salvador toda la tierra se hinchará del conocimiento de Dios, así como el agua de la mar cuando crece y se expande por sus riberas. Y es tan excelente esta sabiduría que se aprende al pie de la Cruz, que el apóstol Sant Pablo, habiendo oído los secretos del tercer cielo, dice que no sabe otra ciencia sino á Jesucristo, y este crucificado.

Pues quien esto atentamente considerare, entenderá que la Cruz, demas de ser árbol de vida, es tambien un libro perfecto que nos enseña todo lo que habemos de creer y hacer. Y para mayor luz desta doctrina debe el cristiano presuponer que le tiene puestos ante los ojos dos libros en que pueda leer sin saber leer: el uno es el libro de las criaturas, de que tratamos en el tratado primero de este Summario. Y leyendo por este libro conocerá primeramente la grandeza de la sabiduría de Dios, que ordenó este mundo con tan grande concierto, repartiendo los tiempos del año, y dividiéndolos en dias y noches tan á propósito de lo que convenia para la conservacion de las criaturas. Leerá tambien aquí su omnipotencia, pues con sola su palabra fabricó todo lo que su sabiduría trazó y ordenó. Leerá aquí tambien su providencia, viendo cuán perfectamente proveyó de lo necesario á todas sus criaturas, sin que nada les falte. Leerá tambien la grandeza de su hermosura, contemplando el resplandor de las estrellas del cielo, y la variedad de las flores y piedras preciosas de la tierra. Estas cuatro perfecciones divinas se leen en el libro de las criaturas; y por este libro dijo el gran Antonio á un filósofo que solia estudiar. Por él mismo tambien estudiaron todos los filósofos; porque como no tenían lumbre de fe, no tenían otra luz sino la que estas criaturas les daban.

Mas los cristianos á quien nuestro Señor hizo merced desta lumbre, tenemos otro libro mas perfecto que este: que es la Cruz de Cristo. Y quien hubiere leído todo lo que hasta aquí habemos escrito en este tercer tratado, y hubiere pedido á nuestro Señor con humildad y devotas oraciones le dé ojos para saber mirar á Cristo en la Cruz, en ella entenderá de una vista cuanto nos enseña la teología cristiana, así especulativa como práctica. Porque en este libro hay dos hojas: en la primera de las cuales leerá y verá cuán grande sea la bondad, la caridad, la misericordia, la justicia, la providencia, la omnipotencia y sabiduría de Dios, que en este misterio resplandesce (como está ya declarado), y en la otra hoja hallará la teología moral: que son los mayores motivos para abrazar las virtudes, y aborrescer los vicios que se pueden hallar.

Mas no es solo este fruto el que se coge deste árbol sagrado (con el cual se esclarece y perfecciona nuestro entendimiento) sino tambien tiene aquí su gusto y cebo la voluntad, con todos los otros afectos y sentimientos de amor y devocion. Porque aquí se causa en nuestro corazón dolor y arrepentimiento de los pecados, considerando lo que el unigénito Hijo de Dios padeció por ellos. Por aquí se despierta el agradecimiento de los beneficios divinos; pues este fué el mayor de todos, y el cau-

(b) Esaf. 11.

sador de todos los otros. El cual beneficio es tan grande que, como dice el Salvador (c), cuando los hombres callasen, las piedras darían voces. Y si deseamos encender nuestros corazones en amor de Dios, ¿dónde hallaremos mayores estímulos e incentivos de amor que en la sagrada Pasion? Y si queremos esforzarnos á padecer algo por su amor, ¿dónde hallaremos mayor esfuerzo que en los trabajos del Redemptor? Y si queremos poner ante nuestros ojos un perfectísimo dechado de todas las virtudes para imitarlas, ¿dónde las hallaremos mas perfectamente estampadas que en la Cruz deste Señor? De manera que en la Cruz (demas del conocimiento susodicho de Dios y de sus divinas perfecciones) hallarán los que devotamente en ella piensan, materia de compasion, y de compuncion, y de agradecimiento, y de amor de Dios, y de imitacion, y tambien de admiracion deste tan excelente medio que la divina sabiduría escogió para nuestra santificacion y salvacion. Y con ser esta sagrada Pasion materia de dolor y de compasion; pero (como escribe Sant Buenaventura) en ella se halla materia de tan grande alegría y suavidad, que con ningunas palabras se puede explicar, mayormente cuando consideramos los motivos y estímulos de amor que en ella se nos dan; de que arriba tratamos. Porque por eso se dice que se alegró el patriarca Abraham (d) considerando este dia de la sagrada Pasion. Y por eso exclama la Iglesia, diciendo (e): Dulce madero, dulces clavos y dulce peso; porque esta dulzura siente quien contempla y gusta los frutos deste árbol sagrado.

§. ÚNICO.

Por esta meditacion se consiguen todos los bienes, y se alcanzan todas las virtudes.

Finalmente, son tan grandes los provechos desta sancta meditacion, que si cuantas personas espirituales y devotas ha habido en la Iglesia despues que el Evangelio se predicó, y cuantas hay agora en todo el mundo, fueren preguntadas cuál es la causa que mas las ha esforzado y ayudado en la carrera de la virtud, todas á una voz responderán que la consideracion y meditacion desta sagrada Pasion; porque en ella hallan todo lo que han menester para el reparo de su vida. Aquí hallan esfuerzo en sus trabajos, consuelo en sus tribulaciones, y socorro en sus necesidades, y esperanza en sus peligros. Si son tentados del enemigo, aquí se acogen á las llagas de Cristo (f); si han perdido la devocion, aquí la hallan; si están resfriados en el amor de Dios, aquí se calientan; si están derramados y distraídos con los negocios desta vida, aquí se recogen; si los fatiga el cilicio y la vestidura áspera, mirando á Cristo crucificado se consuelan; si el mundo los persigue, miran á su Dios y Señor perseguido é infamado. Cuando les fatiga la pobreza, miranle en la Cruz desnudo; cuando les duele la disciplina, miranle en la columna azotado; cuando les da desgusto la comida pobre y desabrida, acuérdate de la hiel y vinagre que por último refrigerio se le dió en la Cruz. Por aquí pues se ve cuán general es esta medicina para todas las necesidades de nuestras ánimas, y cuánta luz y materia de devocion y amor de Dios por ella se nos da.

Pues el que quisiere aprovechar en el camino del cielo, debe comenzar y acabar por este sancto ejercicio. Porque por este medio han llegado muchas personas á

(c) Luc. 19. (d) Joan. 8. (e) In Offic. Sanct. Cruc.

(f) August. in Man. cap. 21 et 22. tom. 9.

un altísimo grado de perfeccion, de que tengo especial noticia. Y Sant Bernardo (g) y Sant Buenaventura por este camino confiesan ellos que caminaron, y por él llegaron á grande perfeccion. Pues á estos sanctos procure seguir el que desea aprovechar, hasta que el Espíritu Sancto le enseñe otro camino que despues deste hay.

Por lo dicho en este capítulo entendemos ser la Cruz de Cristo el árbol de vida que puso Dios en medio del paraíso de su Iglesia: el cual tiene ramas altas y bajas, para que así los bajos como los altos puedan aprovecharse y gozar de los frutos dél.

CAPITULO XVI.

Cómo la sagrada Pasion ayuda á la oracion para alcanzar lo que en ella pedimos.

Con la meditacion suele andar junta la oracion, por cuyo medio pedimos á nuestro Señor las virtudes de que tenemos mayor necesidad, ó á que tenemos mayor aficion. Mas para que esta peticion tenga eficacia, es necesario que vaya llena de confianza. Ca entre otras condiciones que la oracion ha de tener para que alcance lo que pide, la mas principal es que vaya acompañada con confianza. Y así dice el Salvador (a): Cuando vais á orar, creed que se os dará lo que pedis, y darse os ha. Mas dirá alguno: ¿cómo podré yo alcanzar esa tan firme confianza siendo tan pobre de merecimientos como es el hombre pecador? A esto respondo trayendo á la memoria aquel tan misericordioso concierto que el Salvador hizo con nosotros, que arriba declaramos, que fué tomar para sí la carga de los trabajos, y comunicar á los hombres el fruto de sus merecimientos.

Pues estos debemos alegar y presentar ante el acatamiento divino cuando algo pedimos, pues de todos ellos nos hizo donacion en vida y en muerte nuestro segundo Adam y piadoso Padre, que en la Cruz nos reengendró con dolores de muerte. Y así podemos alegar por nuestra parte cómo este Señor para nosotros nació, y vivió, y murió, y pagó lo que no debía por lo que nosotros debiamos. Por nosotros ayunó, y caminó, y oró, y veló, y lloró, y sufrió en sus palabras calumniadores, y en sus obras acusadores, y en sus tormentos escarneadores, con todo lo demas que en vida y muerte padeció. Y haciendo esto, cumplirémos con otra cosa que nuestro Señor quiere de nosotros; y es que no parezcamos vacíos delante dél (b); y no parecerémos tales, si le presentáremos estos trabajos y méritos de nuestro Salvador.

CAPITULO XVII.

Conclusion de todo lo que hasta aquí está dicho en este tercer tratado.

Juntamos agora el fin con el principio deste tercer tratado. Dijimos allí que dado caso que nuestro Señor pudiera remediar al hombre por muchas otras maneras; pero que como él en todas sus obras no mira lo que puede, sino lo que mas conviene á la órden de su sabiduría, escogió este modo de remediarnos, por ser el mas conveniente y proporcionado, así para gloria suya, como para provecho y remedio del hombre. Esto es lo que habemos probado en lo que hasta aquí se ha dicho; lo cual brevemente punto por punto probarémos, y concluirémos aquí.

Porque primeramente quanto toca á la gloria de Dios,

(g) Bernard. sup. Cant. serm. 43. (a) Marc. 11. (b) Exod. 23. Deut. 16. Eccli. 35.

era necesario reconciliarnos con él; pues estaba enemistado contra nosotros por aquel comun pecado. ¿Pues quién pudiera ser mas suficiente para esta reconciliacion que el Hijo de Dios, infinitamente amado de su eterno Padre? Y si era necesario satisfacer á la Majestad, ofendida con la soberbia y desobediencia de aquel primer hombre, ¿qué mayor satisfaccion para esto que la humildad y obediencia del que juntamente era Dios y hombre? Porque si el hombre quitó á Dios (quanto era de su parte) la reverencia y obediencia que le debía, mucho mas le ofendió Cristo con la humildad y obediencia con que lo glorificó. Donde se infiere, conforme á la doctrina del Apóstol (a), que mucho mayores fueron los bienes que nos vinieron por Cristo, que los males que nos vinieron por Adam. Lo cual se ve en la muchedumbre de los sanctos que ha habido en el mundo, y en la grandeza de los favores que les fueron hechos. Y si nosotros no experimentamos esto, es porque no nos dispusimos ni aparejamos para ello; pues no ménos está abierta la mano de Dios para nosotros que para ellos. Y demas desto, si era necesario algun grande sacrificio para aplacar á Dios ofendido, ¿qué mayor sacrificio que el que le ofendió nuestro summo Pontífice y sacerdote Cristo; el cual lleno del Espíritu Sancto ofendió, no sangre de corderos, ni de becerros, sino su misma sangre en el altar de la Cruz? Y si era necesario algun precio para el rescate de los cautivos que tenia en su reino el demonio (no como señor dellos, sino como carcelero de Dios), ¿qué otro precio mas excelente que la sangre deste Cordero, de la cual una sola gota bastaba para rescate de mil mundos? Y si aquel primer hombre estaba condenado á muerte por su culpa, aquí se ofrece en satisfaccion por la muerte de un hombre, muerte de Dios y hombre. Vemos pues por lo dicho cuánto mas satisfecho y glorificado quedó Dios con este summo sacrificio, que ofendido con el desacato del hombre culpado. Y á este propósito se suelen aplicar aquellas palabras en las cuales el sancto Job decia (b): Pluguiese á Dios que se pesasen en una balanza los pecados por que Dios se airó contra mí, y en otra la calamidad de los trabajos que por ellos padezco; porque esta pareceria mas pesada que las arenas de la mar. Las cuales palabras con mas verdad se atribuyen á Cristo que al sancto Job, pues fué infinito mas lo que él pagó, que lo que nuestros pecados merecian.

Agora veamos cómo las divinas perfecciones resplandescent en esta obra de nuestra redempcion. Pues para esto digo brevemente que si nuestro Señor, que por sus obras se da á conocer en esta vida, quisiera con toda su sabiduría y omnipotencia hacer una obra señalada en la cual nos descubriera la grandeza de sus perfecciones; esto es, de su bondad, y caridad, y misericordia, y justicia, y providencia, y omnipotencia, y sabiduría, ¿qué otra obra pudiera hacer con que mas claramente estas perfecciones suyas se nos descubrieran? Esto queda ya declarado en siete capítulos deste tercer tratado que desto tratan, á los cuales remito al prudente lector.

Digo tambien que si este mismo Señor con esta misma sabiduría quisiera hacer una obra con que nos declarara la dignidad y excelencia de la virtud, y la deformidad del pecado, y el aborrecimiento que le tiene, ¿qué otra obra pudiera hacer con que mas nos descubriera lo uno

(a) Rom. 5. (b) Job. 6.